

Como premio de estas virtudes, el justo, el supremo estimador de todas las cosas, libra a los romanos el imperio de la tierra; recompensa, dice San Agustín, tan vana, como vanos eran los que la habían ambicionado. En efecto, apenas han obtenido esta recompensa, se les escapa, apenas han terminado la conquista de universo, ellos mismos, y con ellos el universo, caen a los pies de uno de sus conciudadanos, y vienen a ser la presa de Augusto. Y para que no falte nada a la lección que Dios quiere dar al mundo sobre el vacío de las virtudes humanas, y sobre "la nada" de las grandezas que son su recompensa el cetro del universo, a la muerte de Augusto, es abandonado al sombrío Tiberio, al frenético Calígula, al imbecil Plaudio, al feroz Nerón

Así se llega a un estado de cosas que no podía subsistir. La civilización romana fué la civilización de la conquista, de la lucha, la humanidad anhelaba otra más suave, mas armoniosa, mas humana, y por lo mismo, más perfecta. La sociedad no podía admitir un Olimpo de dioses inmorales y un sistema de gobierno, cuyos hombres se dictaban a sí mismos la apoteosis; que habían divinizado los vicios mas repugnantes y las costumbres mas feroces ¡Llegó la hora de la expiación y Roma cayó en poder de los bárbaros! Alarico marchó sobre ella y todo lo arrasó; fué el instrumento de que se valió la providencia para que se cumplieran sus designios. El mismo Alarico lo dijo: "Siento, decía, dentro de mí una voz que me grita: vé a destruir a Roma". Era la de la providencia; Alarico la sentía; pero el bárbaro no supo definirla; no conoció su nombre.

Francisco RIPOLL.

Una mujer fué la causa...

CUENTO

Quando Juan Morales regresó a su pueblo despues de cumplir con los patrios deberes, sufrió una decepción grande, muy grande..., una terrible decepción como solo la sufrán los ilusos enamorados y que casi son inconcebibles para los que afortunadamente no lo estén.

¿He dicho afortunadamente?

Arrepintiendome lector, de lo dicho pues... ¡Cualquiera sabe conceptuar de desgariado o afortunado, a quien no siente el amor romántico y espirituaal

¿Y voy a ser yo, un vulgar analfabeto, quién lo conceptúe? ¡Libreme Dios de tal ideal y menos aún, sabiendo como sé, que si el enamorado llega en ocasiones a sufrir los tormentos mas grandes que moralmente puedan sufrirse, tambien a veces una mirada o una sonrisa del ser amado, hácenlo el mas feliz de los mortales. Pero... sin querer, me voy alejando inoportunamente del relato que empecé con estas mal pergeñadas líneas, y ya es hora de que cerremos este paréntesis para coger el hilo del asunto que me inspiró a escribir este articulejo, aunque creo que tanto ha de cansarte lo uno como lo otro, lector.

En los últimos meses que Juan Morales habia estado en el servicio, habiale escrito a Rosalía, su novia, varias cartas, pero... ¡oh dolor! sólo el silencio habia obtenido como respuesta a sus misivas, ya pesar de ello, en su magin de enamorado no penetraba del todo la idea de que Rosalía le pudiera haber olvidado. No concebía, ¡oh ciego amor! que ella la que le juró quererle eternamente, hubiese faltado a su juramento.

No sabia la causa que pudiera haber dado motivo al prolongado silencio que guardaba su amada, pero todo lo creia posible menos el olvido. Así que cuando llegó a su pueblo, le quedaban no pocas esperanzas de reanudar las relaciones con Rosalía.

A pesar de todo, aquel par de enamorado se sentían relativamente optimistas.

Pero aquellas esperanzas y aquel optimismo pronto se disiparon al escuchar de su madre, apenas se hallaron solos la terrible noticia de que Rosalía, estaba proxima a casarse con un viudo, rico, pariente lejano de ella...

Si la tierra se hubiere abierto a sus pies y se encontrase de pronto precipitado al abismo, de seguro que no hubiese recibido tal sensación como la que recibió con aquella noticia...

Se puso livido, crispó los puños, y quiso decir algo, pero no pudo articular palabra; la lengua pegada al paladar; no obedeció a los mandatos del instinto.

Así, en este estado permaneció largo espacio. Despues, comenzó a serenarse lentamente. Parecia que empezara a resignarse... Pero no lector, no era resignación lo que el pobre de Juan sentía; era, que de su mente habia surgido una idea una terrible

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

y fatal idea que de llevarla a cabo, la veía en su desesperación, como el único lenitivo a su dolencia moral.



Juan Morales no pudo reconciliar el sueño aquella noche, que pasaba en su pueblo despues de su licenciamiento. De madrugada se levantó cautelosamente procurando no hacer ruido para que no se despertase su madre, que seguramente se hallaria durmiendo y se lanzó a la calle. Habíase decidido a realizar la idea que horas antes surgiera de su perturbada mente.

Sus pensamientos no eran otros que los de ir a apostarse a cierto sitio, por donde sabia que diariamente pasaba aquel que tan traidoramente le habia usurpado el puesto que solo a él correspondía y era tal la pasión que tenía por su antigua novia, que le impedia que viese claramente la realidad de uquel asunto. La creia mas bien que una traidora, una pobre mártir, que habia tenido que ceder forzosamente a los deseos de sus padres. ¡A todos los creia culpables menos a ella! Pero el mas culpable de todos, era, según pensaba, aquel que queria hacerla su esposa. ¡Y allá iba a esperarlo para!...

Quando mas abstraído iba con estos pensamientos, oyó tras de sí, en las afueras del pueblo ya, la voz de un campesino que cantaba la siguiente popularísima copla:

Una mujer fué la causa
de mi perdición primera;
no hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.

El eco de la voz quedósele por largo espacio cosquilleándole en los oídos, y repitiéndole incesantemente los dos últimos versos.

"No hay perdición en el mundo que por mujeres no venga" y sobre el ánimo del joven, obraron estos versos como si fuesen una revelación y un consejo.

Tras una corta meditación pensó; ¿y voy a ser yo quien vaya en busca de mi perdición por una mujer ingrata?...

¡No! Aún estoy a tiempo de arrepentirme. Haré todo lo humanamente posible por olvidar a Rosalía, y, si no puedo conseguirlo, sufriré en silencio y me resignaré a vivir sin su amor, pero nunca apelaré a ningún medio violento para desalojar momentaneamente mi ira, como ha poco me lo proponía.

Y sin vacilar volvió sus pasos con dirección al pueblo.

CUPIDO